

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias

Á CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

Á CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

LA DIMISIÓN DE LA ESTATUA DE COLÓN

Colón ha dimitido esta mañana, pues desde el pedestal así decía: «Si hacéis mis tierras de la Especería, especie de región yankee africana; si Castilla renuncia á soberana y da la libertad... de la anarquía á los que, en pago y muestra de *hidalgüía*, la maldicen en lengua castellana; si nada ha de ser vuestro en esta tierra á quien dió nombre Américo Vespuscio (primer Monroe por quien fui timado); si don Quijote ya no quiere guerra, y triunfa Sancho Panza sobre el rucio, ¿qué hago yo aquí cogiendo un constipado!

LEOPOLDO CANO.

EL NUEVO MAPA-MUNDI

—¿Qué buscas en el mapa, Sancho?
—Busco á España.
—¿Qué torpe eres, hombre; mira al hemisferio occidental Sur de Europol.
—Sí, señor; ahí estaba; pero yo no la veo.
—¿Que no la ves? Tendrás cataratas en los ojos.
—Tengo cataratas, esas que vuesa merced dice, y mayores que las de Nájera...
—Niágara, hombre; no digas barbaridades. Pero las cataratas esas de los ojos no son como las de los torrentes...
—Pues mayores que las de Niágara, apostaría que son las que tengo en la vista: el Mensaje de Mac-Kinley me ha dejado ciego sin duda, y no puedo hallar en el mapa del mundo á aquella bonita Península española.
—No, como busques la insula Barataria no la hallarás, porque hay quien dice que nunca existió, y hay quien afirma que los encantadores la han hecho desaparecer.
—Mire vuesa merced: aquí donde España existía, veo tan sólo *Babia*, las *Batuecas* y unos cerros... habitados por fusionistas.
—Esos son los cerros de Ubeda.
—En fin, que España, lo que es España, no parece. Tome una lente vuesa merced y desójese á buscar, que por mucho que mire no hallará, ni San Marcial, ni Zaragoza, ni Cádiz, ni Gerona, ni los Arapiles, ni Roncevalles, ni Covadonga, ni la ciudad de María Pita, ni la de Mariana Pineda, ni Madrid, ni Sagunto, ni Bailén... ni parte alguna gloriosa; y como toda la patria estaba compuesta de tierras en las cuales se han realizado hechos heroicos... nada queda de ella.
—¿Y qué vamos á hacer sin patria?
—Eso es lo que yo me digo... Yo pienso que debemos corregir á D. Segismundo Moret.
—¿Qué tiene que ver ahora D. Segismundo con esto? ¡Loco de atar!
—Tiene que ver, señor, y tanto... Ha sido en extremo vigoroso con los cubanos, y muy duro é intolerante al redactar las famosas reformas... y por eso nos hemos quedado ahora sin saber qué hacer.
—¿Querías más concesiones?

—¿Qué concesiones ni qué mojigangas... Si nosotros no tenemos nada que conceder... Es como si yo concediese á Ginesillo de Pasamonte lo que éste me robó... Lo que hemos debido hacer, y lo que creo yo que debemos hacer en estos momentos, si ya no resulta el remedio tardío, es proclamar jefe de la nacionalidad española al jefe de la que ya ha de ser Metrópoli; á Máximo Gómez... y esperar en Madrid el capitán general gobernador de la Península española, colonia de Cuba, D. Calixto García... que nos mandarán pronto desde la Habana... y así nos ajustábamos admirablemente á la realidad.
—Créame vuesa merced, que de no hacer esto, nos veremos expuestos á mayores desastres.
—Sancho, Sancho, cuánta verdad dices ahí en medio de tus *chungadas*... Yo no leí el documento de Mac-Kinley, ni quiero. ¡Necio me parece hacerme cargo de ofensas... que ni sé, ni puedo vengar! Razón, mucha razón tienes al decir ó suponer que ya no hallas en el mapa la Península española... ¡No, no la hallarás!...
—Lo indigno, lo irritante es ver que el país sigue dando atención á los imbéciles y á los pedantes, á los que padeciendo una espantosa ignorancia... pero seduciendo con la palabrería vana, persisten gobernando ó pretendiendo gobernar.
—Vosotros los que nos precipitasteis á la guerra... apelando al sentimiento del honor; vosotros los que insultasteis á las madres de Zaragoza, que cegadas por el amor de sus hijos pretendían que éstos no fuesen á Cuba donde el deber les llamaba; vosotros, los Pidal, orador famoso; los Maura, parlanchín no menos famoso; los Vázquez Mella, palabrero de gran notoriedad; los Moret, hablista, perillista y pedante... los Silvela... ¡ese tonto de Coria, frío como un sorbete y vanidoso como una damisela!; los Castelar, organillo de todas las fiestas cursis, profetiso grotesco; vosotros, ¿no estuvisteis todos con los papelones *Imparcial* y los demás de la gran circulación, vuestros servidores... proclamando la guerra á todo trance?
—Tan solo, tan solo un hombre respetabilísimo... tuvo el valor cívico de manifestar su opinión en contra. El noble y digno ciudadano D. Francisco Pi y Margall.
—Este no se engañó... Puede, pues, comprenderse que tenga á su lado gentes que le respeten y le consideren, como á Thiers consideraron y respetaron los franceses, después del desengaño de la guerra franco-prusiana, que le miran y atiendan como á un verdadero hombre político.
—Pero á los demás, ¿por qué? ¿Por qué, desuadidos, llenos de vanidad, ignorantisimos, no han demostrado ni previsión... ni valentía?
—Dijeron al país: Una partida de ladrones recorre la isla de Cuba; es necesario castigarla.
—Se replicó el país.
—Resultado después que no era una, sino muchas las partidas, y que se trataba de una nueva insurrección.
—Hay que sofocarla... porque, aunque no debemos temer que sobrevenga otra guerra como la pasada, es conveniente extinguir esas partidas para que no perturben los trabajos del campo.
—Amén, contestó el país.
—Ofrécese después el fracaso del general Arsenio, y se presenta el problema con gravísimas proporciones.

—Debemos apelar á una política de concesiones... ó, por el contrario, hacer una guerra decisiva y vigorosa? Martínez Campos opinaba por el primer procedimiento... el Gobierno y los políticos ofreciendo al país terminar prontamente la guerra, apelaron al segundo. La guerra será dura; será sangrienta... pero pronta. Hombres, dinero, sumisión y confianza dió el país... De pronto, á los políticos se les antoja que esto de la guerra por la guerra es un grave mal, porque los Estados Unidos sólo esperan vernos conceder reformas y otorgar la autonomía... para darnos un apretón de manos.
—Y suspéndese la guerra; Weyler retorna, y Moret hace las cataplasmas de las reformas...
—La nación no dice ni siquiera esta boca es mía.
—¿Sí? Pues, ¡zás!
—Los yankees nos dan una *bofetada* mayúscula.
—Y nosotros ponemos la otra mejilla... Y gentes hay que creen hombres políticos á toda esa hilera de ilustres ignorantes que empieza en Castelar el gigante, y acaba en el liliputiense Paquito Silvela... ¿Qué han hecho esos grandes hombres? La instrucción pública es rutinaria, la cultura nacional nula, el Ejército y la Marina están deshechos, la Administración desorganizada y... las colonias perdidas; y sin provecho y sin honor hemos empezado una terrible guerra, y en vez de rematar la suerte nos achicamos para humillarnos, para hacer al fin lo que si de todos modos habíamos de hacer, debimos hacerlo al principio.
—Razón tienes, Sancho. España fue, ya no existe. El Mensaje de Mac-Kinley es prueba elocuente de ello.

QUISICOSAS

—Viene Navidad, Perico, ¿habrá turrón?
—Es verdad, pero para muchos, chico, todo el año es Navidad.
—La prueba es que don Melchor muy bien de turrón se atraca.
—¿Pues no era conservador?
—¡Pero ha vuelto la casaca!
**
—¿Por qué llora usted, señora?
—¿Qué le pasa?
—Que mis hijos son malos.
—¿Se los castiga?
—No hacen caso del castigo.
—¿Pero quién tiene la culpa?
—Pues, según tengo entendido, la culpa de esto la tiene...
—¿Quién la tiene?
—Mi vecino, que es un trucha de primera.
—Pues, ¿sabe lo que le digo? Que esto no sucedería, tratándose de mis hijos, porque hubiese principiado por castigar al vecino.
—Ayer decía un periódico: «Es un frío tan intenso el que hace en las oficinas de un flamante ministerio, que los empleados tienen que estar trabajando envueltos en sus capas y gabanes».
—Y esto dijo un jornalero que se hallaba trabajando.



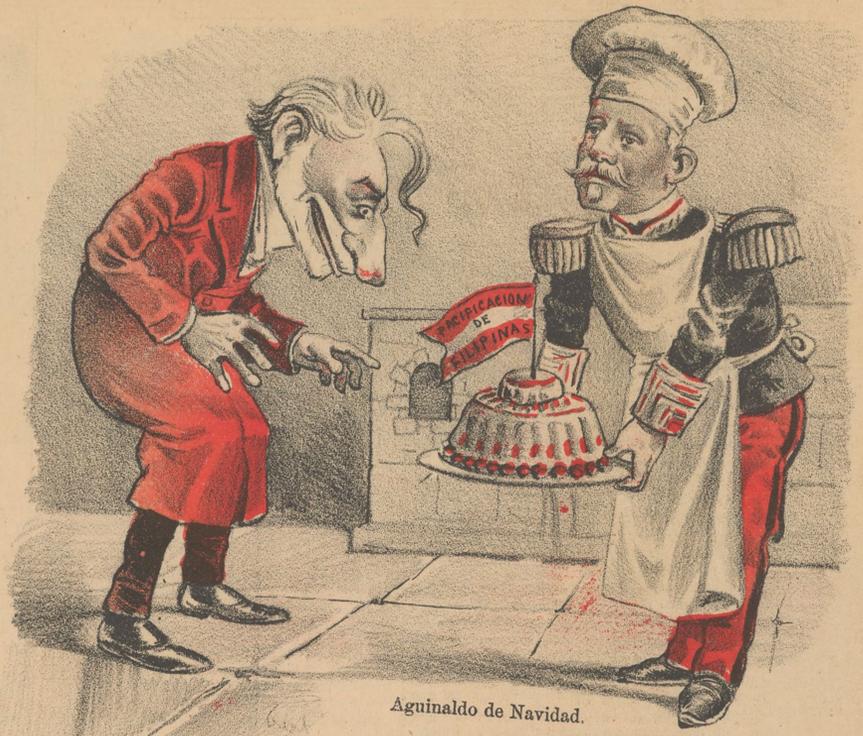
Tras que no puedo llévame á estas.



Consumatum est.



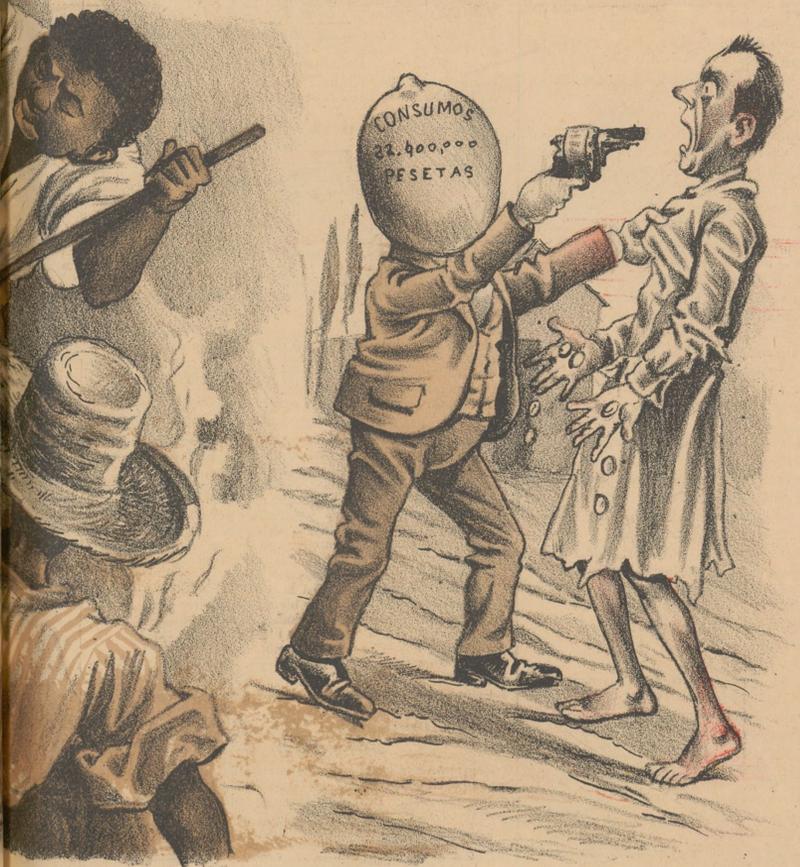
Con paciencia y Correa todo se arreglará.



Aguinaldo de Navidad.



Con que ya lo saben ustedes; con ciento sesenta millones de reales al mes y unos cuantos miles de soldados más, me comprometo á acabar la insurrección... cuando Dios quiera.



Limonada purgante.



¡Ya no me consulta nadie!

Ayuntamiento de Madrid

en la calle, casi en cueros:
«¿Pues en qué se envolverían
si estuvieran en mi puesto?»

Como se acercan las Pascuas,
no tendrá nada de extraño
que allá en Filipinas pida
Aguinaldo el aguinaldo.

Ya se acerca Nochebuena,
y tendría mucha gracia
que en Cuba, Máximo Gómez,
tuviese una noche mala.

VICENTE RUBIO.

ALTA VIDA

Alta vida ó *high life*, como se dice en las crónicas del mundo elegante.

Alta vida, ó lo que es lo mismo, vida de los altos, de los que viven en continua evidencia, en fiesta constante, en diversión perpetua.

Alta vida: Misa de esas en que se lucen *toilettes*, almuerzo con amigos de la casa, paseo en el Retiro, palco en la Opera, *soirée* en la embajada, ó en casa del duque, ó en el palacio del banquero.

Alta vida: Los trajes de la señora, de París; los del señor, de Londres; los coches, de Inglaterra; los caballos, de Hungría; las institutritas, alemanas; los menús, en francés, ¡todo del extranjero!

Alta vida: «—Ayer almorcé con los de Tal; después fui á la partida de polo; antes de comer perdí 15.000 pesetas en el club; comí muy mal en casa de la duquesa de... Me fui al Español á ver una comedia antigua que me aburrí volví al club; y le gané 1.000 duros á mi primo. Me he acostado á las seis de la mañana...»

Alta vida: «—Mi padre me quiere casar con la de Aznar; bueno; me casaré; pero pensar que yo deje á la Pelos, mi señor padre que se apunte quince. Con tal que de la boda resulte que hay para todos... Mirad qué mujer... allí, en la acera de enfrente... ¡Olé por las mujeres de veras! Ahí viene el Bomba. ¿Qué tal, Emilio? ¿Vámonos á comer á la taberna de la Concha?»

Alta vida: Levantarse á las dos de la tarde, almorzar á las cuatro, comer á las nueve, no leer periódicos, ni libros, ni nada. Tomar dos veces por semana una inyección de vino, de cuatro horas. Hablar siempre de caballos, de mujeres, de toros, de *baccara*, de chicas, de grandes, de bicicletas y de *lios*.

Las escenas íntimas de la *alta vida* son muy interesantes. Un salón; muchas luces, muchos criados vestidos con la librea de la casa. La orquesta en el fondo. Allá á la derecha, en el salón próximo, el *buffet* servido por criados que parecen diplomáticos de antaño. Señoras mayores, generales, senadores, cronistas de salones, condes, duques, barones, diputados de la mayoría, señoritas que hablan muy alto, jóvenes flacos y pálidos con flores en el ojal del frac, el *cu-spo* diplomático extranjero, el nuncio, el capitán general, dos ó tres poetas líricos (dos machos y una hembra). Mucho calor, que será el tema de la conversación *espiritual* de los presentes. Estamos en el gran baile de la señora de A**, que celebra sus días. Profusión de flores.

Un señor gordo.—¿Qué calor!

Otro flaco.—¿Verdad?

El gordo.—¿Qué hay de cosas?

El flaco.—Nada; ya he visto los caballos rusos que ha estrenado usted hoy. ¿Qué ha pagado usted por el tronco?

El gordo.—Quince mil.

El flaco.—No es caro.

El gordo.—Sí; pero los cambio...

El flaco.—¿A cómo ha quedado el exterior?

El gordo.—A setenta y tres.

El flaco.—¿Qué calor!

El gordo.—¿Verdad? Es un calor...

Llega un joven funcionario de Ultramar.—¡Hola, señores; qué calor!

Los otros.—Mucho calor.

En un grupo de tres lindas muchachas, sentadas esperando á que las saquen:

Teresa.—¿No has bailado aún?

Luisa.—No, ¿y tú?

Teresa.—Aún no.

Antonia.—Mirad á Pepe Sacatrún, qué florido viene.

Luisa.—Dicen que ya no se casa con la de San Diego...

Teresa.—No tiene corazón.

Antonia.—Ay, hijas, no digáis eso; lo que es que no le gusta la novia.

Pepito se acerca, las manos en los bolsillos, siseando lo de la falda de percal.

—Hola, niñas bonitas. ¿Queréis bailar?

—¿Con quién?

—Con las tres; os daré una vuelta á cada una.

Antonia.—Pues allá voy yo.—(Dejando el abanico en la silla.)—Anda.

Pepe.—Qué calor, ¿verdad?

Antonia.—Ya, ya. ¡Qué calor!

En un rincón, tres estadistas de verano.

Uno.—La crisis no podía resolverse de otra manera, porque yo entiendo que la corona ha estado de una corrección...

Otro.—De pruebas.

El de antes.—Bajo tres aspectos se presentaba esta cuestión, que el ilustre jefe del partido debía, debía... (tosecita), debía resolver aún antes de que fuera resuelta, porque, señores (tosecita), cuando los partidos de orden ¿qué? están llamados ¿qué? á aceptar las responsabilidades ¿qué? y á desarrollar energías... (tosecita) entiendo yo... ¿qué?

El tercero.—Yo voy á tomar un helado. ¡Qué calor!

Grupo de niños góticos.

—¿Qué hay, caballeros? ¿Cómo está esto?

—Está muy bien; toda gente conocida; no hay mezcla, como en otras partes. No hay cursilerías, ni periodicistas; da gusto!

—¿Qué habéis hecho esta tarde?

—Pues nos han reventado las dos bancas. Yo había cogido una barajita que iba como una seda, y éste, que está más loco que una mata de habas, se ha empeñado en seguir y nos han pelado.

—Bueno, señores; yo me voy á bailar con mi novia.

—¿Habéis visto á María Cante qué reguapa está?

—Y su madre, con sus tres arrobos de perlas... ¡Buen empeño se trae la señora!

—¡Yo me aburro aquí; me voy á escurrir y me largo á Apolo á ver á la Brú, que está que enciende!

—Allí viene el nuncio, voy á preguntarle por la familia.

—Hombre, no seas bruto, que nos va á oír.

—¿Quién dirige el cotillón?

—No sé; yo me voy!

—¡Lo que hace aquí es un calor atroz!

—¡Pero qué calor! ¡Se asa Dios!

Fila de mamás sentadas, descotadas, enseñando derribos de bellas formas del año sesenta y cinco.

—¿Y á dónde van ustedes por fin?

—A San Sebastián, porque con eso de los cambios...

—Nosotras iremos á Biarritz, con cambios y todo, porque yo no puedo con las playas españolas. Como Biarritz no hay nada.

—¡Yo lo aborezco, porque hija mía, con aquella nube de *cocottes* que se descuelga allí, mi marido se pone imposible!

—¿Pero todavía?

—¿Ese? Cuanto más viejo, más... alegre. Y luego las niñas ven cosas...

—Nosotras tenemos mal recuerdo de San Sebastián, desde aquello de hace dos años.

—¿Y qué fue?

—A esta señora, en el parti lo de Jai-Alai, le dieron un pelotazo en un ojo, que estuvo á la muerte...

—¡Jesús, qué atrocidad! Pero sería sin querer, ¿verdad?

—¡Es de suponer!

—¡Qué calor!

—¡Debían abrir; hace una temperatura *tórrida*!

—¿Y cómo va usted de sus mules, Agüela?

—No adelanto nada; ahora estoy tomando todas las mañanas una botella de agua de Cabriñana.

—De Carabaña, querrá usted decir.

—Digo, sí; eso es...

Grupo de diplomáticos:

—*Eh bien, cher marquis, quoi de neuf?*

—*Il n'y a rien; nous partons jeudi.*

—*Pour Paris?*

—*Il n'y a qu'un Paris.*

—*Bien entendu. ¡Ce qu'un s'embête ici, c'est incroyable!*

Dos senadores catalanes:

—Y me parece á mí que no hay razón para serrar al Senado en circunstancias como éstas.

—Sí, un poco virulento ha sido todo esto, y las virulencias no condusen á nada; ¡pero vamos!...

—An Barcelona el partido está desatinado... ¡Hombre, por Dios, eso es una sarrasina; eso no se hace!

—No diré yo que no; ¡pero vamos!...

En el hueco de un balcón:

—¡Estás más hermosa que nunca!

—¡Calla, tonto!

—¿Vendrás mañana?

—Si mi marido tiene *Junta*. Si no, el jueves.

—¿Bailas el cotillón?

—Yo haré siempre lo que tú quieras.

—¡Bendita sea tu vida!

Las dos y media. Comienza al cotillón. Suenan las sillas arrastradas por trescientas manos. Colócanse las señoras y caballeros; hay para hora y media. Amanece. Los cocheros charlan abajo.

—¡Eh, Manolo! ¿A dónde te vas ahora? ¿No esperas á los señores?

—Voy á ver cómo anda la niña, para decirselo á la señora cuando baje, porque cuando salimos estaba con una calentura de sesenta y cinco céntimos.

El SEBENO, que se retira á dormir.—¿Peru todavía dura este belén? ¡Que están locos; vamos!

EUSEBIO BLASCO.

LANZADAS

Los ministeriales están muy satisfechos con el Mensaje de Mac-Kinley.

Y se comprende.

Porque el presidente de la República de Cerdópolis se ha limitado en su discurso á llamar salvajes á nuestros soldados y á amenazarnos con que si la paz no se consigue pronto en Cuba, «los Estados Unidos tendrán que emprender otra suerte de acción».

De modo que se explica la satisfacción de los amigos del Gobierno.

Porque, ¿hay nada más agradable en el mundo sino que le insulten á uno y le amenacen?

Un periódico se ha preocupado de averiguar la impresión que le ha producido al presidente del Consejo el discurso de Mac-Kinley.

Y, como era de presumir, el Sr. Sagasta está muy satisfecho.

Y dispuesto á ofrecerle á Mac-Kinley la otra mejilla.

Mr. Woodford ha obsequiado con un banquete al señor Moret.

¡Qué honra para el ministro de Ultramar!

Porque no hay que poner en olvido que Mr. Woodford figuraba no ha mucho en los cuadros de honor del separatismo.

Piropos de nuestro «leal amigo» Mac-Kinley:

«El código de la guerra entre pueblos civilizados ha sido puesto en olvido por cubanos y españoles.»

¡Eh! ¿Qué tal?

Decididamente, cada vez encontramos más lógica la satisfacción del Gobierno.

Ya se conocen todos los detalles de la tragedia de Guisa.

Y, la verdad, la tal tragedia no ha tenido la importancia que se suponía.

Unos cuantos guerrilleros quemados vivos, unos cuantos niños despedazados, unas cuantas mujeres violadas, cincuenta y siete vecinos ahogados... y parte usted de contar.

De modo que ya se irán ustedes convenciendo.

La autonomía comienza á producir los resultados apetecidos.

La Asamblea de los amigos del Sr. Romero Robledo se reunirá en el frontón de Euskal-Jai.

No nos parece mal elegido el sitio.

Para dar pelotazos.

El Sr. Silvela se ha enterado al fin que el Gobierno ha concedido la autonomía á Cuba y á Puerto Rico.

Y ha publicado un artículo en *El Tiempo* para probar de las nuevas reformas.

Este D. Francisco tiene la desgracia de llegar tarde á todas partes.

Y por errar en todo, no sabe siquiera indignarse á tiempo.

Lean ustedes y regocijense:

«... Calcula el general Blanco que necesita (para sostener la guerra) ocho millones de pesos mensuales.

Cree asimismo que en Junio qu de localizada al departamento Oriental, y que llegada esta situación y planteadas las reformas políticas, ya acordaría el Gobierno insular los medios de obtener la pacificación, ahorrándose España estos gastos.»

¡Ciento sesenta millones mensuales!

¡Decididamente, hizo muy bien el Gobierno en relevar al general Weyler!

Libros:

Se ha publicado el Almanaque de *La Esquella de la Torratxa* para 1898.

Contiene multitud de grabados y artículos y poesías de los mejores escritores catalanes.

Precio, una peseta. Merece comprarse.

Libros:

Reunir en un volumen de no gran tamaño una Guía de Madrid, una Guía de ferrocarriles, las tarifas de correos, telégrafos, arbitrios municipales, carruajes, teatros, toros y demás noticias que es necesario saber para vivir en la corte, y además una colección de formularios para recibos, letras y pagarés, y por ende un diario en blanco para el gobierno de la casa ó del escritorio, es labor difícilísima, pero que los Sres. Bailly-Baillière é Hijos la han llevado á feliz término desde hace muchos años con sus *Agendas de Bufete*.

En estos días se han puesto á la venta ocho ediciones que todos los años hacen, y bien puede decirse que con las mejoras introducidas periódicamente ha llegado tan notable libro á tomar tanta importancia y á ser tan útil, que hoy se hace indispensable á toda persona curiosa y amante del buen régimen y administración de su casa.

ALMANAQUE DE "DON QUIJOTE," PARA 1898

Se pondrá á la venta en los primeros días de la semana próxima—si lo consiente Mr. Woodford,—al precio de 50 céntimos para el público y 35 para los correspondientes y vendedores de periódicos.

¡Conque, ciudadanos; disponeos á comprar el Almanaque de «Don Quijote», «qué viene bueno!»

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.